



PRÓLOGO

Boston, Massachussets. Agosto de 2017.

No estaba furioso. Aunque apretara el teléfono como si quisiera romperlo en mil pedazos, no era furia lo que sentía. Era desilusión, vacío... Y cansancio, mucho cansancio. Tener que explicarle a un niño de ocho años por qué su madre no había venido a pasear con ellos en bote por la bahía era agotador.

—No, Diane, Adrien no lo entiende. Y yo tampoco. ¡Se lo prometiste! —exclamó Nathan en medio de la calle. Llevaba de la mano a su hijo, que lo seguía dando traspiés—. Pero no te preocupes. Tú sigue a lo tuyo. Está claro que en la vida de Diane McPherson solo hay sitio para Diane McPherson.

—No lo conviertas en un drama, Nathan. Me he disculpado, ¿no? La reunión se ha alargado, no podía irme sin más por un paseo en bote. Nos jugamos las municipales. ¡Es mi trabajo!

—¡Y nosotros tu familia!

—Una familia que puede permitirse pasear en bote gracias a *mi* trabajo.

«Ahí está», pensó Nathan. Había llegado el momento de los reproches.

Diane suspiró al otro lado de la línea, se había pasado y suavizó el tono.

—Pide *pizza* para cenar, ¿de acuerdo? Llegaré en cuarenta minutos, si no hay atasco a la entrada de East End. Iré todo lo rápido que pueda.

—No lo suficiente —murmuró Nathan, tan acostumbrado a sus excusas que todas le sonaban igual.

—Mañana os compensaré —dijo, conciliadora—. Me levantaré pronto, haré tortitas y volveremos a la bahía a ver si podemos alquilar otro bote. Seré toda vuestra, prometido.

Nathan puso los ojos en blanco y evitó dar voz a sus pensamientos. Las promesas incumplidas eran la especialidad de Diane, y no quería que Adrien se sintiera más defraudado con su madre. Era un niño muy listo y observador, y se daba perfecta cuenta de que la relación de sus padres no pasaba por un buen momento.

—Dile adiós a mamá, enano. —Nathan le puso el teléfono en la oreja y él le dio un manotazo. El móvil acabó sobre el asfalto de Pembroke Street y la llamada se cortó—. Vamos, Adrien, solo nos faltaría tener que comprar un móvil nuevo.

—¡Quiero montar en bote!

—Y yo, de verdad que me apetecía un montón, pero tendrá que ser otro día. Puede que mañana.

Adrien frunció el ceño y se negó a dar un paso más. Nathan resopló agotado. Se acuclilló delante de su hijo y lo sujetó por las mejillas.

—Te diré lo que haremos: pediré una *pizza* con extra de queso y *pepperoni*, de las que te gustan, y veremos una peli de dibujos. Mamá ha dicho que tardará cuarenta minutos...

—Nunca tarda cuarenta minutos —refunfuñó el niño.

—Vale, sí, siempre se retrasa, pero seguro que llega a tiempo para comerse la *pizza* que tú le dejes.

—¡No dejaré nada! —exclamó, aún molesto. Pero el trato que le ofrecía su padre le cambió el humor—. ¿Y me contarás un cuento?

—¿También un cuento? No sé, no sé... —Nathan fingió pensárselo y se acarició el mentón con aire distraído—. ¿Qué me darás tú a cambio? No puedo darte *pizza*, peli y cuento sin recibir algo por tu parte.

Adrien le dedicó su sonrisa más amplia y se aferró a la mano de su padre, que reemprendió la marcha por las calles empedradas del barrio residencial donde vivían.

—Te daré un abrazo. ¡No! Dos abrazos. Y un beso de *gnomo*.

—¿Y te lavarás los dientes sin protestar? —lo azuzó Nathan.

—Jo, papi...

Cómo le gustaba cuando ponía esa voz de pequeñajo y usaba sus armas para convencerlo. Se lo hubiera comido a besos en medio de la calle.

Tal y como Adrien había pronosticado, Diane no llegó a la hora de cenar. La esperaron despiertos hasta que los créditos de la película llegaron a su fin, pero al cabo de un rato los párpados del niño se cerraron, cansados. Y cuando Nathan regresó al salón y se sentó en el sofá, frente a la puerta de entrada del apartamento, notó que el vaso de su paciencia rebosaba con aquella última gota.

La quería, Dios sabía que no había querido a nadie igual en su vida, pero no podían seguir así. Hacía algún tiempo que bajaran la idea de una separación temporal, la relación se había enfriado durante los últimos tres años, «desde el aborto», se recordó Nathan, y quizá le conviniera coger distancia para aclarar sus sentimientos hacia ella. No deseaba un enfrentamiento con Diane ni una guerra por la custodia del niño, pero sí un tiempo. Un mes, dos, seis... Lo que su mujer decidiera.

Esperó frente al televisor mientras hacían un repaso de la actualidad internacional en las noticias, trató de no darle más vueltas al tema pues, cuanto más se retrasaba ella, más frustrado se sentía él. Ya sabía la facilidad con la que Diane perdía la

noción del tiempo, solo hacía falta que sonara su teléfono, y raro era el minuto en que ese maldito trasto estaba en silencio. Pero excusarla no aplacaba sus sentimientos.

«Hoy no», se dijo.

Quizá porque tenía la esperanza de que fuera puntual por un día, quizá porque no quería pensar en que era el fin de su relación. Un fracaso, un matrimonio fallido, algo en común con su padre.

—Eso nunca —murmuró, consternado por sus propios pensamientos. Él no se parecía a su padre, era diametralmente opuesto a Lewis August Farley.

La hora de retraso se convirtió en dos, y en tres, y Nathan se fue a dormir con una sonrisa triste en los labios. A la mañana siguiente, ella le pediría disculpas, le contaría una historia acerca de algún cliente en apuros y probablemente tendrían sexo de reconciliación, pero sería la última vez.

Había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

El timbre del apartamento sonó de madrugada y sobresaltó a Nathan, que miró a un lado y otro de la habitación, sentado en medio de la cama, sin saber si lo había soñado. Hasta que volvió a sonar.

Lo primero que se le pasó por la mente fue que Diane se había dejado las llaves, algo que ya había pasado. Se imaginó su expresión culpable y todas las excusas que le ofrecería para justificar la hora en que había llegado. Terminarían discutiendo, como siempre, y ya podía prepararse, porque, por una vez en su vida, no iba a ser cordial.

Echó un vistazo al pasar por el dormitorio de Adrien y comprobó que seguía dormido. Bien, lo último que necesitaba era que su hijo se despertara.

—¿Nathan Farley? —preguntó uno de los dos policías que encontró al abrir la puerta.

—Sí, soy yo. ¿Hay algún problema?

—Señor Farley, soy el agente Murray, y él es mi compañero, el agente Brown, de la Policía de Boston. —Nathan se aferró al marco de la puerta, expectante—. ¿Es usted el marido de Diane McPherson?

—Sí, es mi mujer. ¿Ha pasado algo?

—Señor Farley, su mujer ha tenido un accidente en la I-93 a la altura del puente de Southampton.

—¡Oh, joder! ¿Un accidente? —Se le formó un nudo en las tripas y se movió nervioso. Abrió un poco más la puerta y dejó que la pareja de agentes entrara en su salón—. ¿Está bien? ¿Está herida?

Los policías se miraron con indecisión y un gesto incómodo que no auguraba buenas noticias. Nathan se obligó a mantener la calma, pese a la ligera desesperación que empezó a sentir alrededor de su corazón, y cuando creyó que el silencio de aquellos hombres terminaría con sus nervios, el más joven respondió:

—Señor Farley, lamentamos comunicarle que su mujer no ha sobrevivido al accidente.

Y, en ese momento, todo su mundo se apagó.



1 . A P R I L

IMPORTANTE. NO OLVIDAR:



- Comprar más pañuelos
- Llamar al técnico de la caldera
- Bufanda del alcalde: tintorería
- Estrangular al yerno de los McPherson
- Reunión vecinal. 8 p.m.

Stowe, Vermont. Enero de 2018.

Un estornudo, dos estornudos, tres estornudos... Un ojo pegado, la nariz hinchada, la boca seca y... ¡mierda! ¿Qué hora era? ¡El despertador no había sonado! ¡¿Por qué no había sonado?!

Me arrastré fuera de la cama y me llevé conmigo el edredón y la montaña de pañuelitos de papel que había usado durante la noche. Un odioso catarro había fulminado mis defensas y llevaba dos días fuera de combate. Pero el deber me llamaba. Dirigir, gestionar y ejecutar los encargos de mi propia empresa no me dejaba tiempo para remolonear.

—¿Por qué hace tanto frío?

Yo, April Marie Williamson, era la mejor organizadora de eventos del pueblo. Y la única. El ayuntamiento me iba a otorgar un reconocimiento por mi labor. ¡Era tan emocionante! Saldría en la prensa, me harían una entrevista de radio, me darían una

placa en el Festival de la Calabaza y mi negocio tomaría impulso por fin. Las fiestas de cumpleaños y los almuerzos fúnebres daban para llenar la nevera, pero no eran el objetivo. Las bodas. Esa sí era mi meta. Como romántica empedernida, destacada integrante del Club de Lectura Suspiros y Amor y fan número uno de las comedias románticas de Hollywood, no podía prescindir del romanticismo en mi trabajo.

La empresa se llamaba Stowe Dreams Events. Mi madre decía que era poco original, pero para mí era el nombre perfecto. Fácil de pronunciar y de recordar, la S y la D encajaban perfectamente en el bonito logo del cartel y, estética aparte, se trataba de hacer realidad los sueños de la gente, de convertir un buen día en un día inolvidable.

El pitido de la cafetera y el timbre de la puerta sonaron al mismo tiempo en una cacofonía de ruidos muy molestos. Vertí leche en la taza y me serví dos cucharadas de azúcar.

«Mejor tres».

—¡Ya voy! —grazné con la voz ronca.

Abrí la puerta con mi mejor expresión acatarrada y... ¡Aaa-chís!, estornudé sobre la taza.

El alcalde Merryweather miró su bufanda de cuadros amarillos manchada de café y levantó la mano a modo de saludo.

—¡Ostras! Lo siento. Deje que se la limpie, será un minuto.

Tiré de él casi a la fuerza y cerré la puerta con un estudiado puntapié.

—April, tienes un aspecto horrible. ¿Y por qué hace tanto frío aquí dentro? ¿Tienes problemas con la caldera?

—Buenos días a usted también, alcalde —balbucí mientras mojaba una bayeta—. Sí, tengo problemas con la caldera. Se para cuando le da la gana.

—¿Y por qué no llamas a Anthony?

—¿Porque son las siete de la mañana? —le recordé con tonito

irónico—. ¿A qué se debe una visita tan temprana? ¿Ahora se dedica a poner las calles?

Fitzgerald Merryweather resopló debajo de su elaborado bigote de estilo inglés en respuesta a mi descaro, se quitó el gorro de lana y la bufanda, y miró a su alrededor con aprobación, como siempre. Mi casa no era nada extraordinaria comparada con las maravillas históricas del pueblo, pero me había esforzado mucho para dejarla a mi gusto, y el resultado despertaba admiración.

—Si ha venido por la fiesta de cumpleaños de su mujer...

—No, de eso ya hablaremos en otro momento —me interrumpió. A continuación, metió la mano en el bolsillo interior de su anorak y sacó varios papeles doblados—. He venido por el servicio de canguros.

—¿No es usted mayorcito para que lo cuiden? —bromeé y tosí al mismo tiempo.

—No te rías, April. Esto es más serio de lo que parece.

El servicio de canguros era la salvación de las parejas jóvenes con niños y me sentía muy orgullosa de haberlo puesto en marcha. Tanto residentes como turistas podían hacer uso de él por un módico precio/hora. Mis *canguritas*, las chicas del último curso del instituto, eran maravillosas, dulces, amables y todas habían hecho un taller obligatorio de primeros auxilios. Fui la fundadora, la primera *cangurita* de Stowe, y tuve tanto éxito que el servicio se ganó un lugar privilegiado en la página principal de la web del ayuntamiento.

El alcalde Merryweather dejó tres hojas impresas sobre el mostrador de la cocina y las golpeó varias veces con un dedo.

—Esto, April, no se puede permitir.

—Venga, déjese de misterios y dígame qué ha pasado. El servicio de canguros es una máquina bien engrasada —le recordé mientras me empleaba a fondo con las manchas de leche de su

bufanda supersuave—. Esta Navidad hemos batido un récord. Las cifras hablan por sí solas.

—Tienes quejas, April. Quejas sobre tu negocio.

—¿Qué?! —Al cuerno la bufanda. La tiré a un lado y atrapé los folios—. No puede ser.

—Tres quejas en un día, April —insistió.

Su costumbre de repetir mi nombre en cada frase me ponía tan nerviosita como su manía de rizarse las puntas del bigote con los dedos.

—¿Cómo es posible? ¿Y cuándo ha sucedido esto? Mamá se ha hecho cargo del servicio para que yo descansara. Estoy enferma, por si no se ha dado cuenta.

Fitzgerald chasqueó la lengua y tomó asiento en uno de los taburetes. Mi fuente de galletas con trocitos de chocolate llamó su atención, y aunque levantó una mano para servirse una, lo pensó mejor y apartó la mirada.

—Son de ayer. Las vi anoche a última hora. Van dirigidas a tu empresa, pero han puesto el correo del ayuntamiento en copia.

—¿Clientes insatisfechos? No tiene sentido.

—Un cliente en concreto.

Leí con atención lo que decían y mi nivel de indignación creció por momentos. El yerno de los McPherson estaba ofendido porque ninguna de mis chicas había cumplido con el servicio que él necesitaba. Ese hombre llegó a Stowe tres semanas atrás, dejó a su hijo abandonado con los abuelos y se largó a la ciudad, como si fuera demasiado bueno para relacionarse con la gente de pueblo. ¡Qué desfachatez!

—Mala organización, irresponsables, ¡¿peligrosas?! —leí, horrorizada—. Pero ¿qué se ha creído? Este hombre no está bien de la cabeza. Tres chicas estupendas, con experiencia, ¿y ninguna supo ocuparse de su hijo?

—Sabes quién es, ¿verdad?

—¡Claro que sé quién es! —Tosí de nuevo por culpa del esfuerzo. Ya no me dolía tanto el pecho, pero sonaba como una olla de caracoles—. Todo el mundo sabe quién es el yerno de los McPherson, aunque él no haya hecho nada por simpatizar con el pueblo. El niño, en cambio, es un encanto.

—Parece que tiene motivos para quejarse. ¿Tu madre no te ha dicho nada?

—Ni una palabra. Le habrá dado la misma importancia que yo: cero —concluí, y le devolví los papeles—. Son quejas absurdas y no voy prestarles atención.

—Pues deberías. —El alcalde me señaló con un dedo acusador—. No podemos dar un reconocimiento a un negocio que tiene malas críticas de los clientes. Es la política del ayuntamiento.

—¿Cómo?! ¿Me está diciendo que va a retirar mi nombramiento? ¡Alcalde! ¡Son quejas insignificantes!

—Son quejas, April. Y están registradas en el buzón del ayuntamiento. En cuanto mi secretaria abra la puerta del edificio, correrán como la pólvora.

—¡Pues no abra esa puerta!

—April...

Cerré los ojos un instante y me infundí calma.

«Oom namo naraianaia —me dije—. Oom Shanti Shanti Shanti. Oom esto no sirve de nada».

Dos clases de yoga en casa de Danielle no eran suficientes para afrontar una crisis así.

—¿Y si hablo con él? ¿Y si consigo que las quite? —pregunté desesperada—. Necesito ese reconocimiento, por favor. Deje que lo solucione.

Lo pensó más de lo que cabía esperar, pero finalmente asintió y se puso en pie.

—Una semana, ¿de acuerdo? Tienes una semana para que desaparezcan o no podré hacer nada. Ya sabes que tu tía quiere

que sea su joyería la que reciba el reconocimiento. Si se entera de que te he hecho el favor, me despellejará.

Mi tía Dorothy, la mujer del hermano de mi padre, era una oportunista. Su joyería no sería merecedora del nombramiento, aunque regalara oro a los turistas.

—Una semana. Está hecho. Y llevaré su bufanda a la tintorería, por las molestias. —Y porque mi intento de acabar con las manchas solo las había hecho más grandes. ¿De qué demonios estaba hecha?

—No es necesario, yo puedo...

—Yo me ocupo, cuente con ello.

Había llegado el momento de conocer cara a cara al yerno de los McPherson.